

**DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Génesis 3, 9-15): *¿Dónde estás?*

**Salmo** (129, 1b-2.3-4.5-7ab.7cd-8): *«Del Señor viene la misericordia»*

**2ª lectura** (2ª Corintios 4, 13-5, 1): *Tenemos un sólido edificio.*

**Evangelio** (Marcos 3, 20-35): *¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*

*No sé si hoy hay muchos cristianos que merezcan el calificativo de “locos”, y despierten preocupación de los “bien-pensantes”, a causa de su locura que les hace ser “extraviados” respecto a las reglas comúnmente aceptadas, “irregulares” individuos no domesticables para los ejercicios del “gran circo” del mundo.*

*Muchos cristianos no están dispuestos a perpetuarse en el sistema, por el contrario, pretendemos salir y estar “fuera”. Fuera de las modas, de las ideologías, de la competición loca, de las operaciones más ventajosas, de la mentalidad corriente, de la vanidad de poseer, del protagonismo. Porque pensamos que, la locura evangélica debería ser la enfermedad hereditaria, contagiosa, de la «nueva familia» de Cristo. Aceptar el espíritu de Cristo significa, necesariamente, estar “fuera de sí”, fuera de los cálculos, de la prudencia, de los miedos, de las diplomacias, de las hipocresías, de las tácticas humanas.*

*En los primeros tiempos del cristianismo, cuando se tenía que encargar alguna misión especial, se elegía a un hombre «lleno de Espíritu Santo». Hoy se diría que el Espíritu es inyectado en pequeñas dosis “homeopáticas” (¿para combatir la locura?), tranquilizadoras, oficiales, garantizadas contra el riesgo de incontabilidad, y a todos modos “equilibradas”, teniendo así, cristianos “cuerdos”, “disciplinados”, pero ciertamente no «lentos de Espíritu Santo».*

*Debemos convencernos de que sólo los locos nos salvarán. O sea, aquellos que destruyen las falsas armonías, que no aceptan las acomodaciones bien montadas y los ventajosos repartos, que hacen saltar los parámetros mundanos. El “loco por Cristo” no está apartado, se mezcla con la gente, frecuenta el mercado, se mete entre los pies de todos. Pero, al mismo tiempo, resulta imprevisible, incontrolable, inasible, insólito e insolente, no programable.*

*Sí, para resucitar con Cristo, es necesario despojarse de las apariencias, de los disfraces con los que habitualmente queremos hacernos reconocer y aceptar por los otros. Solamente si consentimos que se vaya deshaciendo ese personaje público, artificial, respetable, que nos hemos cosido encima a la medida de nuestros intereses y de la aprobación ajena, haremos, aquí y ahora, la experiencia de la resurrección y construiremos «una nueva familia».*

Cada año celebramos una fiesta especial de la familia en tiempo de Navidad. La familia es espacio vital de autenticidad, de libertad y amor, pero todos sabemos que muchas veces no es así y que la vida moderna no ofrece a la familia el mejor marco para su desarrollo. De la familia de Nazaret hablamos cada año como de una familia con problemas, empezando ya por el de no encontrar un lugar donde nacer. Después aparecen circunstancias desconcertantes en una familia que ponen a prueba la fe en los caminos de la Providencia, por ejemplo la huida a Egipto, la profecía de Simeón en la presentación del Niño, o con la pérdida del hijo en la peregrinación y su encuentro en el templo en medio de los doctores.

Hoy nos confronta el Evangelio con un episodio chocante, quizá menos conocido pero de singular proyección. Marcos no calla este grave conflicto familiar cuando inesperadamente hacen su aparición los familiares de Jesús, se hacen anunciar y manifiestan su intención de llevárselo a casa porque creen que se ha vuelto loco.

Han tenido lugar algunas curaciones y su fama se ha acrecentado; enciende el entusiasmo de las gentes y muchos le siguen como a un gran profeta; los intelectuales, doctores de la Ley y escribas “acomodados”, se oponen notando que descubre sus “artimañas” y puede peligrar su “status” y quieren ver en él a un ocultista en conexión con Belcebú; además, los familiares le tienen por un loco que, con su extraña manera de proceder puede deshonorar el nombre de la familia y quieren llevárselo a la fuerza.

La familia en tiempo de Jesús era la comunidad patriarcal entendida como hábitat irremplazable tanto en la salud como en la enfermedad y en todo caso un seguro de vida. Jesús abandonó la familia para hacerse predicador ambulante del reino de Dios y para trastornar con su doctrina muchas estructuras ancestrales. Abandonó la familia y con este gesto insólito infundió sospechas en los suyos de dejarse llevar por fantasías, de no saber lo que hacía y hasta de haber perdido el juicio. No sentían orgullo de él sino vergüenza: “se tiene que haber vuelto loco, de no ser así tendría consideración con la familia para no mancillar su nombre”; y, lo mismo que los escribas, no aceptaron su palabra.

La nueva familia que quiere formar Jesús, no fundada con vínculos de carne y sangre, sino por la fidelidad en el cumplimiento de la voluntad divina se llama Comunidad Cristiana y tiene los mismos objetivos: curar, orientar, anunciar el reino de Dios. Ese anuncio puede imponer la ruptura de los vínculos familiares si en algún caso se demuestra que encadenan.